



MALCOLM HANCOCK EN TRIUNFO

Malcolm Hancock se está convirtiendo rápidamente en uno de los más populares dibujantes satíricos de Estados Unidos. Su sarcástico ingenio y cáusticas observaciones en torno a la vida contemporánea adornan con cada vez mayor frecuencia las páginas de The New Yorker, Look y Evergreen Review, y su primera colección, "How can you stand it out there?" ("¿Cómo puedes aguantar ahí?") conoció un éxito inmediato. Su serie "The Fantastic Foster Fenwick" aparece regularmente en muchos diarios.

Mister Hancock ahora vive en un barrio residencial de St. Paul, Minnesota, con su esposa y su hija.



mo, que avanza amenazadora según el modelo yanqui, la imaginación andará muy cerca de aquella multi-participante y acalorada realidad de más de mil personas que abarrotaban el aula magna y discutían nuestras ponencias. Pero quizá la polémica más fuerte se desencadenó con el dilema entre arte de masas y arte de minorías, planteado tantas veces en la sociedad clasista y que es falso como base de partida, porque el hombre, por miserable y tosca que vea reducida su condición, no es masa jamás y tiende naturalmente a la belleza cada vez más alta. Masa eran las gachas que comíamos en los años cuarenta y cuatro. Pero esta simplista e interesada clasificación, que toma lo aparente y transitorio —desde una lógica formal y cotidiana— por verdadero, negaría un valor tan duradero y universal como el de la educación en una época en que ningún país occidental acepta teóricamente límites a la educabilidad humana, si bien la estructura clasista de estas sociedades limita en la práctica las posibilidades educativas de las mayorías. Ya Ortega y Gasset pensaba que hay una «minoría egregia y especialmente dotada» y una masa gregaria.



ENRIQUE MORENTE

«Esto implica que los unos poseen un órgano de comprensión negado, por tanto, a los otros —continúa Ortega—, que son dos variedades de la especie humana». Según los que así piensan, al tratarse de diferente especie humana, solamente un seudoarte llamado de masas, por su intención masificada, sería el que le conviene para siempre y, por tanto, el que debe consumir, y nunca el arte selecto de los profesionales de calidad. La acumulación de posibilidades creadoras y receptoras del canto grande en unos pocos individuos excluye y distancia, cada día más, a las llamadas masas del arte de calidad, por la misma razón inversa por la cual la acumulación de la cultura, el poder y el capital en un número reducido de personas priva a la gran mayoría de las necesidades materiales, espirituales y decisorias inherentes a su condición humana. Los universitarios granadinos han sabido hacer trascender el flamenco, considerándolo como fenómeno de una cultura popular, y se han planteado la importancia y situación de ésta en el ocaso de la sociedad rural. Al terminar la última sesión de la Semana, la gente iba por la calle discutiendo sobre Massiel, la especie humana, Raimon, la taranta y mil cosas más, surgidas en la polémica que había originado el Cante del Pueblo. ■ F. ALMAZAN.

Crónicas de la Era Lunar

UNO DE MANZANAS...—El descubrimiento de que en las guerras se mata a la gente acaba de llenar de asombro al inocente pueblo de los Estados Unidos. Por primera vez en la Historia, los jóvenes protagonistas de una guerra —los soldados— cuentan sus cosas en los periódicos, por la radio y por la televisión. Ahora le ha tocado el turno a un piloto de un B-52, de servicio en Vietnam. En unas sensacionales declaraciones a la revista "Revelations", el joven piloto John Jhixon ha revelado que las bombas de su avión matan.

—No es posible —se negó a admitir el reportero de "Revelations".

—Es —sostuvo el aviador.

—Pero... ¿su misión era simplemente efectuar bombardeos estratégicos?

—Eso es lo que me decían los jefes. Pero, luego, las bombas mataban.

—¿Entonces es que usted no se atenia a las consignas?

—Como atenerme, me atenia. O sea, yo pulsaba un botón estratégico y caían las bombas estratégicas. Lo que pasa es que luego llegaban al suelo...

—¿Llegaban al suelo? ¿Cómo es posible?

—Pues... seguían bajando... ¿comprende?

—Ya... No había caldo.

—Las bombas, sí. Y entonces, al llegar al suelo, mataban gente...

—¿Por qué mataban gente? ¿Qué hacía la gente en el suelo?

—Bueno, la gente, ya se sabe... Por otra parte, como eran vietnamitas, estaban en su casa...

—¿Qué barbaridad! ¿Mucha gente?

—Bastante gente.

—Y usted cómo lo sabe, estando tan lejos?

—Algunos días, el cielo estaba clarito y se veía regular...

—¿Pero eso es un disparate! ¿Se da usted cuenta de que lo que está diciendo es muy grave?

—Sí.

—Insisto en que su historia me parece increíble. Comprenda, antes de continuar, que la opinión está ya muy sensibilizada con el asunto de la matanza de Song-My, los ejercicios de tiro sobre la población civil en el Delta y el incendio de trece pueblos sudvietnamitas en una sola semana de pacificación...

—Todo eso junto lo hago yo desde arriba en un periquete.

—Pues, chico, habrá que hacer

POR PABLO DE LA HIGUERA

DIALOGOS DE CARMELITOS

un informe para el Congreso...

—Habrá.

... Y OTRO DE DESARME.—Según la Agencia U. P. I., el Ejército norteamericano ha renunciado a fabricar una especie de fusil-cerbatana que dispara flechitas, destinado a dispersar las manifestaciones no autorizadas.

Hemos entrevistado a un alto responsable, el señor John Jhixon, para que nos aclare el alcance de esta importante medida de desarme.

—Pues le diré: el alcance de la cerbatana no es mucho. En realidad, se trata de una especie de fusil de flechas como el que usaban los indios...

—No, no me ha entendido; no me refiero al alcance de la cerbatana, sino al alcance de la renuncia a la cerbatana en el contexto de las conversaciones de Helsinki sobre la limitación de armamentos estratégicos y, por último, dentro del contexto ya más vasto de un desarme general y completo.

—¡Ah!... Pues verd... La renuncia a la cerbatana supone, qué duda cabe, una primera medida concreta de desarme, que podría ir seguida de otras aún más espectaculares.

—¿Por ejemplo?

—El abandono del Winchester setenta y tres. ¿Usted recuerda aquella película de James Stewart?

—Ya... De todas formas, de ahí a la destrucción de todos los "stocks" de armas nucleares estratégicas queda aún un pequeño camino por andar...

—Se andará, no hay que ser tan impaciente. En esto del desarme hay que actuar progresivamente y con prudencia, como con la retirada de nuestros contingentes de allá abajo...

—Claro. Y, dígame, ¿qué opinan los otros negociadores de Ginebra? ¿Cómo han respondido los rusos, concretamente, a lo de la cerbatana?

—A su manera, con el desarme intelectual. Ya ha visto cómo han renunciado a Soljénitsyn...

—Veo, en efecto, que reina un excelente clima de buena voluntad y cooperación entre los dos países, de forma que cada respectivo régimen no parezca mejor que el otro...

—Eso es lo bueno.

—Me parece que lo de la coexistencia pacífica vuelve a pitar.

—Eso creo yo.

—Pues, nada, a seguir desarmándose por ambos bandos. Muchas gracias, señor Jhixon.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Luis Carandell, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla, Manuel Vázquez Montalbán. FOTOS: Europa Press, Cifra y Archivo.